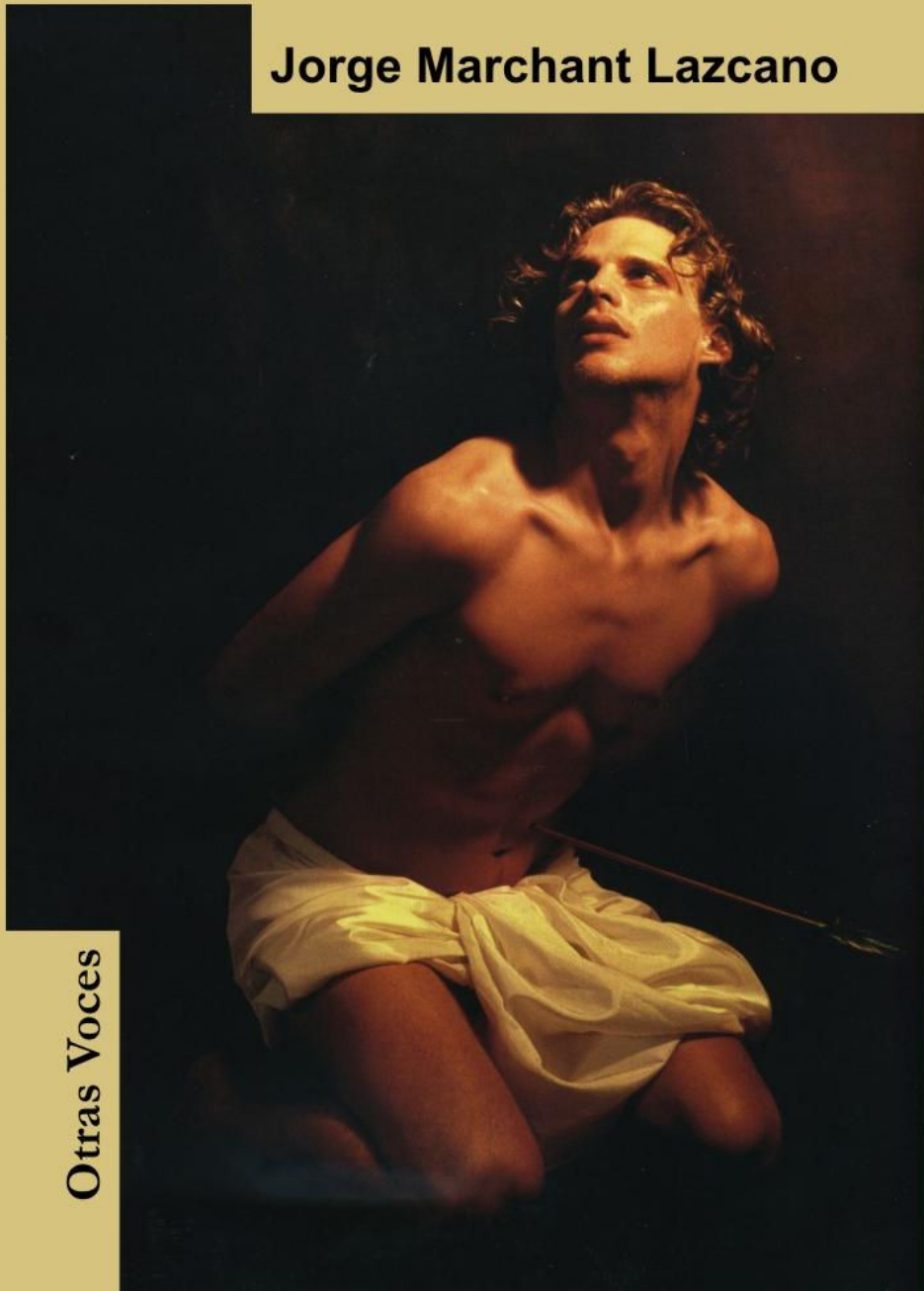


# Sangre como la mía

Jorge Marchant Lazcano

Otras Voces



# SANGRE COMO LA MIA

Novela

por

Jorge Marchant Lazcano

A José Riquelme, una vez más

Pero si sangre como la mía no circulara en sus venas

Poema 42  
Calamus  
Walt Whitman

El amor era una emoción a través de la cual  
podías a veces gozarte a ti mismo.

Maurice  
E. M. Forster

## SUNSET BOULEVARD, 1951.

En una de esas, ya estaba muerto pero ni yo mismo me había dado cuenta. Como le pasó a William Holden en aquella película inolvidable que estaba a punto de estrenarse. Era su cadáver el que flotaba boca abajo, en la piscina de la mansión de Norma Desmond en Sunset Boulevard. Y hablaba, no sé si usted se acuerda. Hablaba. Un hombre perfectamente muerto, hablando.

Había cumplido diecinueve años entonces, sin enfrentarme aún con la muerte. ¡Miren que descubrirla en punta y banca, al centro de la platea! Sumido en la oscuridad, apenas vislumbraba el mundo. Sólo llegaba hasta mi butaca el tenue resplandor de las luces que marcaban el largo pasillo, a la altura de los pies, como un camino flanqueado por estrellas. Mi devoción por el cine me permitía estar en otras partes infinitamente mejores - o peores -, sin hacer el esfuerzo de moverme. Vivir otras vidas muy distintas a la mía. De cualquier forma, como dicen en los filmes de suspenso, no nos adelantemos.

Era abril de 1951 y la revista a la que recién había ingresado celebraba 21 años de vida. Tres preciosas debutantes aparecían saludando al público lector desde la página inicial, en estrechos trajes de baño de tela nylon latex norteamericana. Un gran cartel del estudio cinematográfico les cubría medio cuerpo. La señora Romero que lo hacía casi todo, me había asignado la misión de escribir las lecturas de las fotos de menor importancia. Yo puse: "Feliz cumpleaños a *Ecran* desean estas tres estrellitas. Su presencia es para nosotros el mejor regalo. ¡Gracias a Universal International!"

Todos quiénes eran alguien mandaban sus retratos autografiados desde Hollywood. Con mayor razón aún, los que no eran nadie. Claro que esos iban a dar directamente al tacho de la basura. No iban a engañar a la señora Romero, conocedora absoluta del firmamento estelar de Hollywood en donde, de acuerdo a las palabras del señor Mayer, el dueño de la Metro, había más estrellas que en el cielo. Por eso, la señora directora se dejaba para sí los comentarios de las figuras más glamorosas: "Burt Lancaster ha sabido conquistar un puesto destacado en el corazón de las muchachas chilenas", o "la nueva pareja formada por Bette Davis y Gary Merrill nos hicieron llegar sus buenos deseos en nuestra mayoría de edad", o "desde que Lana Turner nació a la popularidad, *Ecran* ha adornado infinidad de veces su portada con la fotografía de esta rubia sensacional".

A mi, el último en el escalafón, me correspondían las lecturas de los astros menores, los cuales, según mi apreciación, se arrastraban al nivel de la tierra: mexicanos, argentinos, chilenos, y hasta italianos y franceses, en ese mismo estricto orden descendente.

Mi máxima ilusión había sido trabajar en la revista más popular en este lado del mundo, porque al terminar el colegio descubrí que no me interesaba otra cosa en la vida más que ver películas. De boletería en boletería, no me perdía estreno cinematográfico. Era una suerte de religión en donde no existía aparentemente la condena. En todo caso, como en las misiones, convertí a otros. Debo haber estado en tercer o cuarto año de humanidades cuando Mauricio Frías se transformó en mi acólito. A cambio de los aburridos evangelios de Mateo, Marcos y los otros, nos deslumbrábamos con biografías musicales como *Noche y día* - en la cual el estupendo Cary Grant se hacía pasar por Cole Porter -, o con historias de amores prohibidos como *El cartero llama dos veces*. Hay personas de misa y comunión diaria, bueno, yo era un sujeto de película diaria. Mauricio Frías, más discreto, aunque yo lo consideraba menos fervoroso, comulgaba conmigo solamente los días sábado, cuando nos arrancábamos juntos a ver un programa doble al Riviera o al Ritz. Si el programa era especialmente bueno, podíamos llegar al Alcázar, en la Plaza Brasil, o al Prat, donde comenzaba la Gran Avenida. Como aún estábamos en la casa de la calle Santa Rosa, y Frías - nos llamábamos por el apellido - vivía en la calle Castro, todos los teatros nos quedaban relativamente cerca. Las elegantes salas céntricas y los viejos rotativos de barrio. A la manera de unos devotos solitarios, íbamos en gozoso peregrinaje, conociéndolos uno tras otro. Soñábamos con un altar lleno de fotografías del *Ecran* para rezarles a todos los artistas juntos. Quizás por eso mismo, mi piedad devino en prodigio y conocí a la señora Romero. Claro que, de acuerdo a esta consagrada trayectoria, debería haberme convertido en santo y no en un maricón.

El resto de mis compañeros de estudio pensaba en forma más sensata, y se preparaban para el bachillerato, pasaporte para ese brumoso futuro que se nos venía por delante. Yo tuve la sospecha de que viviendo otras vidas, las de la pantalla, torciendo de alguna forma mi destino, me sería más fácil conseguir mi *happy end*. Claro que esto no lo hablé con Frías. Con Frías sólo comentábamos los perfectos peinados de Lana Turner y lo bien que Gene Kelly bailaba.

En casa teníamos, lo que se dice, un buen pasar. Empleado en la Municipalidad de Santiago, mi padre se había endeudado con algún banco, en la compra de un bungalow que construían en una nueva urbanización del barrio Las Condes. Por eso, la idea de conseguirme un empleo no fue

considerada la más inapropiada. Claro que convertirme en funcionario de la Caja Hipotecaria de acuerdo a los insulsos planes de papá, me pareció inconcebible, y fue mi mamá quien sacó la palabra, como siempre lo hacía, señalando que, a fin de cuentas, no estaba tan mal llegar a ser periodista, quizás con el tiempo hasta conducir un programa en la radio - por qué no -, o en el peor de los casos, si no cambiaba la voz, comentar películas o escribir sobre los artistas en un diario.

- Es casi una profesión - dijo ella -. Ya ven, a la señora Romero la invitan tupido y parejo a Hollywood.

Mamá se enteraba de esas cosas por su trabajo, y si no se enteraba, las inventaba. Viajar era un privilegio en esos años. Mis padres, cuando mucho, habían estado en Buenos Aires durante su luna de miel. Por el ferrocarril trasandino. La señora Romero, de acuerdo a mamá, volaba sin pagar y echada para atrás en los lujosos aviones de la Panagra.

¡Qué más puedo decirle! Yo admiraba profundamente a la señora Romero desde mucho antes de conocerla. Era mi maestra, mi diosa, la luz que iluminaba mi camino. Más que con el silabario hispanoamericano, había aprendido a leer con su prodigiosa revista.

Como habitualmente lo hacía en todo orden de cosas, mamá tomó una vez más el toro por las astas, y se propuso conseguirme una entrevista con la señora Romero. No perdíamos nada al intentarlo. Mi madre trabajaba en las oficinas del laboratorio donde se fabricaba la estupenda crema de belleza Pond's, y no le fue tan difícil contactarse con un alto funcionario de la empresa editorial que publicaba *Ecran*. Al fin y al cabo, Crema Pond's les daba buenas ganancias ocupando cada semana una página completa de la revista. Mamá solía tener delirios de grandeza y parecía creer que el dinero para la publicidad salía de su propio bolsillo. Papá que tenía los pies demasiado bien puestos en la tierra, la ponía en su lugar, pero ella con la habilidad de una mujer testaruda, daba vuelta las cosas a su antojo y lo hacía sentirse como un pusilánime. Me estoy saliendo del tema. Mis padres no tienen mucho que ver con este cuento.

¿O tal vez sí? Decida usted. Aunque parezca increíble, la señora Romero picó el anzuelo y me citó en la revista. Tuvo que contactarse conmigo a través de un telegrama, porque en el paradero 12 de la avenida Colón, adonde nos habíamos cambiado cuando el bungalow estuvo terminado, aun no habían instalado nuevas líneas telefónicas, y mamá se negó a tener un aparato con operadora como si nos encontráramos en provincia. Otra vez me desviaré al tema de mis padres. La linda casita Ley Pereira con garage y antejardín quedaba en un barrio tan nuevo, que algunas cuerdas más arriba comenzaba el campo con zarzamoras y potreros. De igual forma mi padre decidió que nos

mudáramos. Poco sirvieron los llantos de mi madre: no quería vivir prácticamente a los pies de la cordillera de los Andes, tendría que levantarse al alba para llegar a su oficina. Yo me puse de su parte porque odiaba la idea de trepar hasta casi justo donde terminaba Santiago, sin ni un solo teatro cerca de casa. Estaba desterrado de mis antiguas rutas cinematográficas y era una verdadera tortura llegar al centro de la ciudad haciendo tres trasbordos. Pero papá esta vez fue inflexible. No había comprado una casa nueva - al lado de decenas de casas iguales -, para que siguiéramos gastando en alquiler en un barrio feo y ruinoso. Toda la gente decente se mudaba al barrio alto. Podríamos jugar a la pelota en la calle sin correr peligro alguno y andar en bicicleta respirando el mejor aire posible. ¡Qué me importaban a mí todas esas promesas si me cargaba andar en bicicleta! ¡Si respiraba dichoso el aire viciado de las plateas oscuras! ¡Ah, ese delicioso e inconfundible olor a encierro que apenas lograba ventilar un breve intermedio! Mamá se quedó más tranquila cuando mi padre prometió endeudarse nuevamente, esta vez con la compra de un automóvil.

Cuando aquella mañana me bajé del trolley en la Plaza Baquedano, vestido con mi ambo sport de buen casimir, miré con veneración hacia el moderno edificio de la Avenida Santa María en donde se ubicaba la redacción de la revista. Creí ver la mansión blanca de Scarlett O'Hara, aunque a sus pies sólo corriera las turbias aguas del río Mapocho. La señora Romero no era precisamente Vivien Leigh, pero eso yo ya lo tenía claro de tanto verla en las páginas de la revista que llegaba sagradamente los martes, junto con el pan del desayuno, en manos de la empleada puertas adentro. Vivien Leigh podía haber sido Scarlett, pero no sería mi maestra ni mi musa. Mucho menos cuando decían que se había vuelto loca después de hacer esa película brutal y morbosa - ¡en donde incluso la violaba su cuñado! -, que en Chile aún no se estrenaba. Para algunos - me imagino que la gente del partido conservador -, todos terminaríamos chiflados con tanta basura proveniente de Hollywood.

La señora Romero tecleaba con un gesto rabioso cuando la secretaria me hizo pasar a su pequeña oficina. La mujer me indicó un asiento enfrente de su escritorio, sin presentármela ni mucho menos interrumpirla. Pasaron algunos largos segundos, quizás minutos, en que la señora siguió escribiendo. Vestía con muchísima elegancia un lindo traje de seda rayón adornado con finos botoncitos, de nácar, pensé. Debajo del sombrero que no se había quitado, como si estuviera a punto de salir, tenía un corte de pelo muy al estilo de Jane Wyman, la reina del dos piezas, el sueño de las ejecutivas, de las secretarias competentes, por qué no, de las directoras de revistas. De tanto trabajar, la señora Romero tenía sus ojitos algo hinchados. De seguro, los de la Wyman estarían impecables. Crema Pond's C, habría sugerido mi mami.

- Así que tú eres el muchacho que quiere trabajar conmigo. ¿Qué sabes hacer? - me preguntó la señora Romero, levantando la mirada. Repentinamente, había arrancado la hoja de un solo tirón desde su máquina de escribir.

- Me gustan las películas - respondí intimidado, tratando de hablar como todo un hombre. ¿Era ese motivo suficiente para que ella perdiera su tiempo conmigo? No podía creer que esa escena estuviera sucediendo de verdad. Al menos, había llegado hasta su altar. De tanto ver películas yo creía que la vida se vivía por escenas, y que la noche, en definitiva, no era más que una simple fórmula divina para irse a negro.

- A todo Chile le gusta ir a la matiné - comentó la señora directora, haciéndome sentir que, efectivamente, valorizaba su tiempo.

Me quedé helado. Tenía que superarme.

- También me gusta escribir. Y soy un gran, gran, admirador de su revista.

- Nos leen cientos de miles de personas en todo Latinoamérica... - concluyó rotunda con un dejo de soberbia, tamborileando sobre el escritorio con unas uñas perfectamente pintadas de rojo.

En cualquier momento, pensé, me pondré a llorar. ¿Quién dice que las mujeres son débiles? Sin duda, aquella que estaba frente a mí no lo era. Si bastaba con mirarla. De seguro era más fuerte que mi madre. Más se parecía a Katharine Hepburn en *La mujer del año*. La señora Romero estaba allí, apuntada por el dedo de Dios, para guiar nuestros débiles destinos. Al ver mi gesto de desesperación, se apiadó de mí. Esto era realmente sorprendente, de periodista se convertía en santa, Jennifer Jones ante la virgen de Lourdes en *La canción de Bernardette*.

- ¿Por qué no prefieres estudiar una carrera? - preguntó esta vez, casi sonriendo.

- Ya se lo dije, señora Romero... - susurré -. Tengo una especial predilección por las películas.

- Por qué no las haces, entonces.

¿Hacer películas? ¿De qué estaba hablando la señora Romero? ¿Era acaso posible que un simple mortal pudiera hacerlas? ¡Yo no habría podido jamás! Las películas las hacían seres excepcionales, privilegiados, cercanos al reino de los cielos, como lo decía el señor Mayer, quien, dicho sea de paso, era judío, y por lo tanto poco debía saber acerca de las esferas celestiales, pensé. Le iba a responder que las películas chilenas, las pocas que se hacían, y las sudamericanas en general, me parecían vulgares copias, las peores del mundo. Dignas del teatro Santiago, el sitio favorito de las empleadas domésticas en sus domingos libres. Pero en ese momento, la señora Romero se puso de pie y avanzó hacia la ventana, mirando afuera.

- Qué edad tienes...

- Diecinueve años...

Se dio vuelta para observarme.

- Te ves menor - dijo.

Todo el mundo me encontraba más chico. Y más delicado, como ese niño de porcelana china pintada a mano que mamá había puesto sobre la chimenea. No me había desarrollado lo suficiente, por el simple hecho de que era pésimo alumno de gimnasia. Al menos, eso decía el profesor, un antipático que, en cierta ocasión, me llamó “dama de las camelias” porque no podía darme vuelta de carnero. Supongo que a Greta Garbo nunca le pasó algo así.

- Y quieres trabajar conmigo - repitió la señora Romero, tal vez para que yo advirtiera la importancia de mi respuesta.

- Con toda mi alma - respondí instantáneamente.

Entrecerré los ojos, medio mareado. Esperaba que la señora Romero perdonara tamaña cursilería. Pero, al parecer, las mujeres modernas no se fijan en esas cosas. O debo decir, las mujeres sentimentales, ya que, por primera vez, ella sonrió complacida como una verdadera madre abriendo los brazos a su hijo. Aunque no me abrazó porque en realidad no era madre. Solamente tomó una hoja que estaba debajo de un alto de fotos. De seguro era la carta de presentación que habíamos escrito con mi mamá. La miró. Debía haberla leído antes de que yo apareciera, aunque por un buen tiempo pensé que ella tomó la decisión en ese momento. Con toda mi alma quiero trabajar con usted, querida señora Romero, convertirme en su discípulo, llegar a la gloria.

- ¿Tienes tiempo para acompañarme? - preguntó.

Iba a decir, todo el tiempo del mundo, pero me dio vergüenza. Asentí.

- Ven conmigo a una función privada de *El ocaso de una vida*.

Y así, después de que la señora Romero ordenó el alto de fotografías en su escritorio y se puso los guantes que hacían juego con su paletó tres cuartos de última moda, empezó mi vida de periodista de la revista *Ecran*. Salimos en silencio a la calle. Un taxi aguardaba a la puerta de la editorial.

- Al teatro Bandera - dijo.

Estábamos iniciando la película que contaría mi vida. Nunca supe quien fue su director. Aunque, de haber podido, habría elegido a George Cukor, el de *Mujercitas*, *Las Mujeres*, *La Mujer de dos Caras*. Por algo decían que todas en Hollywood lo adoraban. Acomódense en sus asientos, señores espectadores. El protagonista va en el interior de un taxi al lado de esa dama sorprendente, cruzando delante del Museo de Bellas Artes en la ciudad de Santiago de Chile. Se halla a punto de conocer la historia de William Holden con Norma Desmond. Aprenderá en su primer contacto con la muerte, que, en el cine, al contrario de la realidad, los muertos pueden hablar. Van a comenzar



sus mejores años, los míos, tras dejar esa etapa horrible que llaman adolescencia.

Ganaría mi primer sueldo. Podría incluso mudarme, regresar al corazón inconfundible de la ciudad, desde donde nunca debería haber salido. Volvería a llamar a Mauricio Frías y reiniciaríamos nuestras citas, aunque él estaba estudiando pedagogía en castellano y quizás preferiría los libros. Santiago se llenaba de nuevos edificios con pequeños y confortables departamentos. ¿Por qué no uno de ellos para mí? Porque los hombres solteros no viven solos, habría dicho mamá. Porque estás trabajando para que colabores en la casa, habría dicho papá. Entonces, y eso me lo dije muy en silencio a mí mismo, sería el momento de enamorarme por primera vez. Pero, ¿de quién? No creo que eso tuviera mayor importancia. Las cosas se me confunden. Se me confundían entonces. No podía reconocerme en el estilo de vida de mis padres, limpio, ordenado, relativamente cuerdo. Vivía lejos de allí, en otra realidad. No andaba en bicicleta, no jugaba a la pelota, no hacía la posición invertida ni me daba vuelta de carnero. No se me oía. Hasta creo que era invisible para mis nuevos vecinos. En una de esas, los vecinos suponían que mis padres solo tenían una hija, mi hermana Patricia, que jugaba en la calle con los otros chiquillos. En una de esas, ya estaba muerto pero ni yo mismo me había dado cuenta.